

NORTEAMÉRICA. Año 1, número 2, julio-diciembre de 2006

La sociedad estadounidense hoy: valores fundacionales y seguridad

SILVIA NÚÑEZ GARCÍA*

RESUMEN

Este trabajo subraya la importancia del significado del nacionalismo y el patriotismo en Estados Unidos como ideologías y valores sociopolíticos claves de su devenir histórico. Contrastando diversas interpretaciones de dichos términos, destaca las diferencias, atributos particulares y el impacto que los sucesos del 11 de septiembre de 2001 han tenido sobre sus acepciones tradicionales. Aludiendo a la desconfianza social, provocada por la aplicación de nuevas leyes para combatir el terrorismo –Ley de Seguridad Nacional (Homeland Security Act) y Ley Patriótica (USA Patriot Act)–, este artículo ejemplifica la vigencia de la tesis de Gertrude Himmel, quien sostiene que en dicho país se perfilan actualmente dos culturas políticas divergentes: una tradicionalista y otra secular. El texto asimismo aborda de manera crítica el hecho de que la administración de Bush haya pretendido imponer una única salida hacia la construcción del derecho universal a la seguridad.

Palabras clave: patriotismo, nacionalismo, seguridad nacional, 11 de septiembre de 2001, cultura política, identidad nacional.

* Investigadora y secretaria Académica del Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN), UNAM. <nugar@servidor.unam.mx>. Agradezco especialmente a Argentino Mendoza Chan, quien colaboró en la recopilación del material hemerográfico, y a Astrid Velasco, por el cuidado editorial.

If a nation expects to be ignorant and free [...] it expects what never was and never will be.

THOMAS JEFFERSON

INTRODUCCIÓN

En el marco de la reflexión sobre lo que han representado para los estadounidenses los sucesos del 11 de septiembre de 2001, el propósito de estas líneas es decantar la importancia de un debate público que, aun cuando ha quedado inconcluso, permita analizar diversas posiciones respecto de lo que el patriotismo y el nacionalismo significan como creencias y valores sociopolíticos centrales, en una coyuntura sin precedentes en la historia de Estados Unidos.

Luego de los atentados del 11 de septiembre, Estados Unidos volteó hacia sí mismo, presto a echar mano a su capacidad tecnológico-militar para salvaguardar no sólo su territorio sino el conjunto de creencias y valores que lo conforman. Así, viéndose forzado a reconocer que la seguridad personal y colectiva quedaba expuesta frente a la nueva amenaza terrorista, el *American way of life* se abrió al ejercicio de la autoridad coercitiva en forma de Leviatán propio, cuya finalidad era intentar asegurar obsesivamente la contención del Estado de naturaleza hobbesiano.

De esta manera y como lo sugiere John Kenneth White, la embestida terrorista significó la pérdida de la inocencia para Estados Unidos (J. K. White, 2003), mientras la vulnerabilidad y la incertidumbre se instalaron en la vida cotidiana de su gente.

Si se toma como punto de partida el hecho de que cada individuo tiene una particular concepción del mundo –independientemente de que ésta sea más o menos informada– y que la misma constituye un sistema de creencias que acaba por delinear una determinada ideología, y para ilustrar algunos de los componentes centrales del caso estadounidense, vale la pena destacar la investigación realizada en los años sesenta por Robert Lane, la cual indaga la concepción de quince personas en relación con el sistema político del país. Los hallazgos más importantes de dicho trabajo fueron que los sujetos no sólo carecían de información, sino del hábito de ejercitar el razonamiento, y lo que conocían de tal sistema se circunscribía a nociones elementales sobre la Declaración de Independencia y la Constitución nacionales que habían aprendido durante los primeros años de escuela.¹

En lo que se refiere a los valores, se subraya su importancia en la construcción de una identidad cultural específica en Estados Unidos, entendida ésta en su acep-

¹ El sociólogo alemán Karl Mannheim sostiene que las creencias experimentan un sesgo de acuerdo con el entorno sociocultural de las personas y sus propios intereses.

ción más simple posible como “determinada forma de vida”. Así, con la intención de enfatizar sus contradicciones, se analizará, con base en las ideas del excepcionalismo y las especificidades de la historia del país, cómo, desde su sustrato, opera una particular concepción del universo político-social que legitima una particular interpretación del patriotismo y el nacionalismo como categorías de valor.

Entonces, si se parte de que los valores, creencias, mitos y símbolos constituyen piezas interrelacionadas e imprescindibles para acceder a la comprensión de las acciones (positivas o negativas) de los individuos en sociedad, se verá que éstos determinan lo que es deseable y moralmente correcto, en tanto estándares abstractos, por medio de los cuales un grupo o sociedad definen principios ideales, favoreciendo el ejercicio de la censura. De esta forma, la acción propia de “valorar” que realizan los individuos al vivir en una sociedad determinada se torna una necesidad que interiorizan y que los conduce hacia la obtención de ciertos fines por la vía de la elección de diversos medios. Los valores, a diferencia de las creencias, funcionan, entonces, como limitantes conllevando a que los sujetos observen ciertas reglas (normas), mismas que funcionan como un referente para delinear su comportamiento social. Además, todo sistema de valores aparece vinculado con las necesidades de supervivencia y reproducción de un grupo social, por lo que su permanencia y relevancia son determinados por su utilidad en la lucha por la vida.

EL PATRIOTISMO

Para ubicar nuestro análisis, consideramos pertinente revisar en detalle el contenido de la obra titulada *The Patriot's Handbook* (1976?), la cual, editada por la Comisión del Bicentenario de 1976, aporta elementos importantes para la comprensión de los cambios recientes en torno al debate sobre el patriotismo como elemento de cohesión nacional. El texto, que inicia por los perfiles que dieron lugar al patriotismo fundacional, muestra que, para las primeras generaciones de estadounidenses, la Declaración de Independencia no consistió en un mero pronunciamiento filosófico, sino en un programa de acción que promovió un cambio tendiente al establecimiento de un sistema de “verdadera democracia política, social y económica”, sin embargo, doscientos años después, la mayoría desconoce esta carta y a las personas, los eventos y principios que dieron forma a su país.

Calificando de “lobotomía” al impacto que el trabajo de los historiadores profesionales ha tenido en los estadounidenses –pues considera que han destruido su conciencia histórica en aras de la objetividad científica y la especialización–, esta obra advierte que la historia nacional ha sido despojada de significado al clamar por su

rescate popular. En calidad de “historiadores amateurs”, señala, el pueblo tiene la capacidad de interpretarla más profundamente de lo que hacen los expertos, ya que: “The American Revolution wasn’t fought by professionals, but by hundreds of thousands of common citizens who were fed up [...]” (*The Patriot’s Handbook*, 1976?).

Llama la atención que cuando se refiere a las figuras que dieron origen a la nación, menciona a los “padres y madres fundadores” como seres humanos con defectos e inconsistencias, cuya relevancia consistió en sus ideales y visión democráticos. Por otro lado, demanda del ciudadano común que no sea un observador pasivo ni neutral en el contexto de su presente, puesto que o bien permite que todo acontezca o, en su defecto, debe trabajar para dar forma y cambiar lo necesario para resguardar los principios democráticos que dieron lugar a la nación.

Junto con los fieles a la Corona –identificados como los no patriotas–, agrupa a los que se aferran a la concentración del poder y la riqueza, pues argumenta que Thomas Jefferson y Thomas Paine sostuvieron que el principio democrático de la revolución americana no permitía hacer distinción alguna entre el monarca inglés y los ricos terratenientes o comerciantes coloniales, destacando con singularidad el ideal de la democracia económica original.

Además, concibe la conformación de un ejército profesional y regular como uno de los retos más difíciles de encarar para los patriotas de la nueva nación, dado que la percepción de los primeros estadounidenses fue de desconfianza respecto de su institucionalización, ya que lo consideraban una amenaza potencial para las autoridades civiles. Esta postura nos permite trazar un interesante vínculo con el contenido de la Segunda Enmienda de la Constitución de Estados Unidos, la cual garantiza el derecho de los ciudadanos a portar armas. Éste es un elemento clave de una de las acepciones más recurrentes del patriota tradicional estadounidense, empeñado en contener cualquier tentación de tiranía a manos de un poder estatal que osare concentrar para sí el privilegio del ejercicio de la fuerza sobre el pueblo (*The National Rifle Association*, 2005).² En palabras de James Madison: “La ventaja [del derecho a portar armas] que poseen los americanos sobre prácticamente todas las personas de otras nacionalidades [...] en donde los gobiernos tienen temor de confiar en un pueblo armado” (Madison, 1982: 199-204).

The Patriot’s Handbook hace un reconocimiento explícito a la activa participación de muchos afroamericanos en la causa de la libertad y la independencia nacionales, y lamenta que se haya dejado en el olvido o en la negación a estos patriotas,

² Sobre este punto es recomendable revisar los objetivos que sostiene la influyente National Rifle Association (NRA), cuya labor de cabildeo ha obstaculizado la creación de normas federales para imponer controles estrictos y uniformes en el país para la comercialización de armas de fuego, dirimiendo esta controversia nacional en el nivel de las legislaturas estatales. Entre los postulados de este grupo, sobresale el que señala que “No son las armas las que matan, sino la gente”.

quienes abrazaron a la letra el principio rector de la Declaración de Independencia que señala que “todos los hombres han sido creados iguales”. En esta apología del “buen patriota” se dice también que las mujeres desempeñaron un rol tan activo en la lucha fundacional como el de los hombres: promoviendo boicots, tomando las armas, administrando hogares y negocios en ausencia de los maridos que se sumaron al ejército.³

Sumadas a estas dos minorías –las mujeres y los afroamericanos–, esta obra revisa la paradoja de los indios americanos –“nobles salvajes”– y reconoce que los colonos les temían a sus costumbres, razón por la que les demandaron modificar sus usos y tradiciones. Solamente en este caso el texto alude a las contradicciones y antagonismos que se dieron entre ambos grupos y que sobrevivieron a la Revolución de Independencia por la mutua desconfianza y falta de entendimiento.

En consecuencia, es posible considerar que el conjunto de estos elementos sirve para reconocer que este documento se inclina hacia la interpretación de que la causa por la independencia de Estados Unidos constituyó un movimiento social y, por ende, una revolución, puesto que convocó no sólo a la acción colectiva organizada de diversos grupos opositores al orden colonial –los genuinos patriotas–, sino que implicó el intento por establecer reformas económicas y sociales que fueron más allá del simple acto de sustituir a una elite por otra. Es, pues, particularmente significativo que la interpretación explícita que hace de los patriotas fundacionales sea de corte radical, o cuando menos vanguardista, pues tiene un sentido que no sólo es incluyente, sino que alude a la promoción de la justicia social.⁴

Según la visión de *The Patriot's Handbook*, el patriotismo estriba en el compromiso del pueblo para con los valores y principios que dieron origen a la nación, teniendo como premisa básica el conocimiento de los derechos y las limitaciones que la Constitución de Estados Unidos impone a sus ciudadanos. Entonces, cualquier trasgresión a sus postulados caería bajo la categoría de traición a la patria (Miner, 2003).

EL NACIONALISMO

En lo concerniente al valor del nacionalismo como parte del credo político estadounidense, encontramos que diversas encuestas apuntan a que éste supera al resto de las democracias occidentales. Un estudio de la Universidad de Chicago reporta que,

³ Abigail Adams escribe a su esposo John Adams, miembro del Congreso Continental de Filadelfia, que en caso de que no prestaran atención a las “damas”, ellas estaban resueltas a fomentar la rebelión y no obedecerían ninguna ley en la que no tuvieran voz.

⁴ Nótese que la obra aparece clasificada en la Universidad Estatal de Michigan (MSU) bajo la categoría de American Radicalism Collection, del Catálogo Reservado.

previamente a las agresiones terroristas, 90 por ciento de los consultados coincidía en que prefería ser ciudadano de este país antes que de cualquier otro en el mundo. Este mismo porcentaje se elevó 7 puntos luego del 11 de septiembre, siendo que en estas mismas condiciones 49 por ciento de los encuestados coincidió en señalar que “el mundo sería un mejor lugar si la gente de otros países fuera semejante a los estadounidenses” (Minxin, 2003). Orgullosos de sus valores, los consideran incluso de aplicación universal, por lo que este sentido de superioridad suele así extenderse a sus instituciones, sus prácticas sociales, culturales y políticas.

En contraste, la PEW Global Attitudes Survey arroja el dato de que menos de 40 por ciento de los europeos occidentales aprueba la expansión de las ideas y costumbres de Estados Unidos en sus países, y menos también de 50 por ciento concuerda con el concepto de democracia que rige en dicho país.

Debido a que con frecuencia se confunde al patriotismo con el nacionalismo y viceversa, es importante esclarecer que, si bien ambos son parte medular de la cultura sociopolítica estadounidense, el segundo puede definirse como la serie de compromisos que los individuos asumen para con su país, sus connacionales y sus líderes. Entre sus manifestaciones es posible encontrar que la gente puede apoyar a un determinado líder político con el que no concuerda en temas específicos –la actual coyuntura estadounidense, la guerra en Irak o el aborto–, en aras de mantener la unidad nacional. Esta actitud da como resultado una postura unificada que puede incluso llegar a subsumir un debate de ideas directo, dado que percibe el no alineamiento de los opositores como algo negativo y digno de calificarse como traición.

Algunos estudiosos señalan que este nacionalismo se expresa de forma permanente en la vida cotidiana, tomando entre otras formas la del trabajo voluntario que contribuye al bien común, además de que presenta características distintivas tales como:

- Está anclado en ideales políticos y no en una intención explícita de superioridad cultural.
- Se percibe a través de sus éxitos y no como un eje articulador de añejos resentimientos históricos.
- Privilegia una visión de futuro, por lo que no redundando en la glorificación del pasado. Esta circunstancia le otorga una connotación de excepcionalidad, dado que conlleva una misión permanente (Minxin, 2003).

Con la influencia de una retórica universalista, el nacionalismo estadounidense puede apreciarse como parte de una amalgama de idealismo político que, referido al ámbito de su política exterior, suele generar reacciones que oscilan entre la admi-

ración y el rechazo de otras naciones, dependiendo de los beneficios o perjuicios que les representen la injerencia de la gran potencia.

Entendido en dichos términos se puede considerar que, como valor sociopolítico, el nacionalismo no se puede disociar de la noción de soberanía que, en el ámbito de una sociedad democrática como la estadounidense, radica en el pueblo. La particular coexistencia de ambos –nacionalismo y soberanía– ha dotado a este país de una vocación aislacionista sui géneris en relación con el resto del mundo, que a su vez se ha reflejado, si no en un desconocimiento, cuando menos en una limitada percepción del “otro”.

Retomando otros datos del proyecto PEW, encontramos que durante los últimos cinco años, sólo 22 por ciento de estadounidenses ha viajado fuera de su país, comparado con el 66 por ciento de canadienses, el 60 por ciento de franceses y el 77 por ciento de alemanes (Minxin, 2003). Incluso, después del 11 de septiembre, sólo 30 por ciento de estadounidenses manifestó interés en las noticias de otros países. Hacia principios del año 2000, sólo 26 por ciento de los encuestados respondió que seguían con detenimiento los acontecimientos externos, mientras que 45 por ciento señaló que los sucesos internacionales no afectaban sus vidas (Minxin, 2003).

Entre las especificidades del nacionalismo en Estados Unidos, encontramos que su promoción ha corrido tradicionalmente a cargo de organizaciones civiles y empresas privadas, en comparación con otras sociedades en donde el propio Estado aporta los recursos y los medios para su difusión y consecuente reafirmación. Así, el predominio del nacionalismo cívico se expresa a través de festejos familiares o comunitarios que sirven de corolario a las celebraciones nacionales, que incluyen grandes desfiles o despliegues militares (Día de la Independencia, Día de los Veteranos, etc.).

En aras de una perspectiva más amplia, algunos culturalistas agregan que el nacionalismo se reconoce como el sentido de pertenencia a una determinada nación, que puede consistir en un grupo de personas que comparten una historia, una cultura o ascendencia que los hace distintivos. Sus atributos consisten en un imaginario que parte de un territorio determinado que le es propio, así como en compartir instituciones culturales, sociales o religiosas que representan un orgullo particular y por cuya defensa pueden llegar a ser hostiles. En tanto fenómeno cultural, el nacionalismo se considera no sólo como una ideología, sino como una forma de comportamiento sociopolítico que puede dar lugar a sentimientos de patriotismo desbordado (Burney, 2002), acabando por definir a los individuos no obstante que éstos posean múltiples identidades.

LA IMPOSICIÓN DE NUEVAS NORMAS

Los eventos del 11 de septiembre generaron un estado de emergencia nacional que dio lugar a una serie de medidas gubernamentales que, justificadas en función de garantizar la seguridad de la nación, coartaron los márgenes de libertad e infringieron algunos de los derechos tradicionales que los estadounidenses reconocían hasta entonces como inalienables.

Visto desde la óptica de los tradicionalistas –quienes articularon la victoria de Bush para su segundo periodo presidencial–, si la historia asienta que la mayoría de los gobiernos en el mundo se basan en la creencia de que los derechos no sólo descansan en sus aparatos, sino que además son otorgados a la gente por su conducto, el caso de Estados Unidos resulta paradigmático. Desde su punto de vista, los derechos son otorgados únicamente por Dios y advierten que los fundadores de la nación reconocieron desde antaño que no podían abrogarse esta facultad, por lo que su tarea fue afirmar que –desde el “nosotros el pueblo”– tan sólo ostentaban la capacidad de delegar y definir qué poderes correspondían al gobierno. Como resultado, la jerarquía de autoridad en Estados Unidos estaría dada en el siguiente orden (Miner, 2003):⁵

1. Leyes divinas.
2. El pueblo.
3. Derecho de los comunes.
4. Carta constitucional.
5. Estatutos federales.
6. Código de Estados Unidos (USC).
7. Código de Regulaciones Federales (CFR).
8. Estatutos Federales.

En correspondencia, si el gobierno no ostenta *per se* ningún derecho, no está en condición de otorgarlos; entonces, circunscribe su misión a dar “privilegios” a los ciudadanos que, como en el caso de los derechos civiles, están en posibilidad de ser modificados o incluso eliminados si las condiciones del país así lo ameritan (Miner, 2003).

De esta forma, la puesta en marcha de la denominada Ley Patriótica (USA Patriot Act) y de la Ley de Seguridad Nacional (Homeland Security Act) han dado lugar a reacciones inmediatas en la sociedad y en el debate público del país, las cuales han estado marcadas por contradicciones y desacuerdos.

⁵ David L. Miner señala que, dependiendo el periodo histórico al que se aluda, las leyes estatales se ubican por encima, en paralelo o por debajo de los estatutos federales.

La Ley Patriótica incorpora, entre otras cosas, nuevas categorías para definir al terrorismo, incluyendo el "terrorismo interno", sometiéndolo a todas las demás leyes que en el país estén vigentes para combatir el terrorismo internacional (American Civil Liberties Union). Así, con esta justificación, cualquier organización política estadounidense está expuesta a que se la vigile, se intervengan sus teléfonos y líneas de comunicación o se le imputen cargos de sospecha criminal.

De igual forma, por motivos de "inteligencia" todos los ciudadanos quedan sujetos de ser investigados por el FBI sin que exista causa aparente de haber cometido algún acto criminal. El trato para los extranjeros es aún más radical, pues se los puede encarcelar sobre la base de la sospecha y prohibir el reingreso a Estados Unidos. Además, aquellos sospechosos que resulten convictos podrán permanecer reclusos por periodos de seis meses, prorrogables indefinidamente y sin derecho a juicio.

La misma ley amplía los atributos para que las autoridades encargadas de la seguridad conduzcan investigaciones secretas, dotándolas de poderes amplios para intervenir y vigilar a los ciudadanos y a los extranjeros, teniendo acceso directo a sus cuentas de teléfono, Internet, estados financieros, reportes médicos, escolares, etc., sin que medie una orden judicial. La aplicación de estas medidas concierne directamente a la Ley de Seguridad Nacional.

Los efectos de ambas leyes no se han hecho esperar. Al considerarlas ajenas a la Constitución, hacia principios de 2003 un total de 164 ciudades, condados y estados del país se deslindaron de su aplicación (Miner, 2003). Si el presidente George W. Bush confió en que su popularidad aumentaría al abanderarlas, hizo un cálculo impreciso. Esto sumando a los acontecimientos ocasionados por la invasión a Irak, cuando se comprobó que dicho país no tenía armas de destrucción masiva, acabó por polarizar a una nación que continúa desde entonces oscilando entre la desconfianza y el dilema de la defensa de los principios que le dieron origen.

Encontramos que la sensación de peligro que el 11 de septiembre generó en los estadounidenses también vino acompañada de fuertes expresiones de solidaridad social, con acciones inusuales de unidad, afecto y servicio. La sociedad no se volcó exclusivamente en la atención a las víctimas y sus familias, sino que dio lugar a la reactivación del sentido de comunidad que la propia sociología estadounidense estudiaba con preocupación en aquel momento, dados sus síntomas de deterioro en tanto hábito social (Putnam, 2000).

Los datos de una encuesta nacional realizada por Time/CNN en diciembre del mismo año mostraron que 88 por ciento de las personas coincidían en que las agresiones terroristas habían servido para que los estadounidenses reconocieran lo que verdaderamente era importante en la vida, siendo que 83 por ciento señaló que el dramatismo de los hechos había conseguido unificar al país como nunca antes,

sumándose a que su confianza en el gobierno aumentó a niveles récord de 60 por ciento.

Junto con estas expresiones, un nacionalismo que se ve amenazado suele dar lugar a afectos incondicionales hacia el propio grupo o país, manifestándose como sujeciones voluntarias del individuo para con sus líderes y/o instituciones, al grado de estar dispuesto a dar su vida por la nación que aquellos representan.

El nacionalismo e identidad nacional aparecen en estas circunstancias ligados entre sí a través del poder del Estado, cuando éste a su vez es un constructo social compuesto por políticas gubernamentales, modos de representación, relaciones geopolíticas e incluso una determinada iconografía, entre otros elementos (Burney, 2002).

LA CASA DIVIDIDA

Desde 1999, Gertrude Himmel señalaba que Estados Unidos estaba conformado por dos culturas [dos sistemas de valores]: uno con fundamentos tradicionalistas y el segundo seculares (*The Economist*, 2003: 8). En la lógica del primero, se impondría una cultura dominante y el opuesto favorecería el multiculturalismo. La autora reconoce que, más allá de las variables económicas, estos esquemas empezaban a convertirse en los indicadores más adecuados para perfilar la filiación política de los estadounidenses.

Cada una de estas culturas corresponde a su vez a entornos muy diversos entre sí. El tradicionalista se concentra mayoritariamente en las áreas rurales y pequeños pueblos del centro del país (el *heartland*). El secular se ubica en las zonas urbanas y las grandes metrópolis, además de estados como California, Nueva York o Nueva Jersey, que concentran altos índices de población inmigrante.

No sorprende así que la marcada división de posiciones respecto del sentido que los estadounidenses reconocen en los valores del patriotismo y el nacionalismo, desencadenada por la tragedia del 11 de septiembre, haya prevalecido para dar forma al debate electoral entre republicanos y demócratas de 2004, pero sobre todo a los resultados de dicha contienda, cuyo desenlace confirmó que la mayoría de electores optó por reafirmar su actitud conservadora re eligiendo a un tradicionalista como Bush, no sólo por el temor al terrorismo y la inseguridad, sino especialmente ante el riesgo de optar por un candidato como John Kerry, quien mostraba posiciones políticas inconsistentes, pues al ser blanco, católico y adinerado, por un lado sostenía una postura crítica en torno a la guerra de Vietnam, apoyaba la diversidad sexual y el derecho al aborto, mientras que, por otro, suscribía la guerra contra Irak.

Según David Miner, el problema que ha generado esta fractura consiste en que los ciudadanos están más comprometidos con lo que Estados Unidos es actual-

mente –una potencia económica y militar–, y no con lo que originalmente se pensó crear como nación hace más de dos siglos (Miner, 2003).

Desde esta perspectiva, podemos ilustrar el nacionalismo con el llamado a los estadounidenses para apoyar a su líder nacional –el presidente Bush– en la embestida contra Irak. En contraste, los principios del patriotismo consistirían en el llamado del pueblo a la cordura, en aras de analizar si dicha acción militar es consistente con los postulados de la Constitución nacional. Desde esta óptica, la guerra contra Irak pasaría a ser calificada de invasión inconstitucional hasta que el Congreso no la declarase formalmente como tal (Miner, 2003). Por otro lado, siguiendo el argumento de Max Weber cuando señala que el nacionalismo sirve para legitimar la ideología y los intereses materiales de una clase [o grupo] social en particular, éste acaba por convertirse en una prerrogativa que favorece a un determinado grupo (elite).

Si ello es así, cabría preguntarnos si sería posible señalar que la elite gobernante estadounidense sucumbió ante el estado de incertidumbre y la ausencia de confianza en el futuro generados durante 2001, siendo incapaz de discernir entre las demandas más apremiantes de los estadounidenses –rescate del empleo, de la seguridad social, etc. (Bealey, 1999: 157-158)–, habiendo optado por el secuestro del patriotismo y el nacionalismo en tanto valores que unifican a la sociedad, para utilizarlos políticamente en favor del rescate del orden establecido, al precio de resquebrajar la unidad nacional y profundizar la división ideológica.⁶

Entre los contrastes más sensibles del *values divide* aparecen las opiniones de los jóvenes universitarios del país. La encuesta que en 2002 llevó a cabo la organización civil Freedom Works registró que 84 por ciento no consideraba a la cultura occidental como superior a la de los árabes, y un alto porcentaje señaló no sentir orgullo alguno por su nación (Livadas, 2002). Un 70 por ciento de los estudiantes afirmó que no servirían en el ejército si fueran enviados fuera de Estados Unidos, mientras que 48 por ciento señaló estar dispuesto a evadir el servicio militar obligatorio, a pesar de que 79 por ciento respondió que creían que su país tenía el derecho de derrocar a Saddam Hussein (Livadas, 2002).

La encuesta AVOT del mismo año acreditó que 71 por ciento de los estudiantes en el ciclo de educación superior estaban en desacuerdo con la idea de que los valores estadounidenses fuesen superiores a los de otras naciones. En relación directa con los sucesos del 11 de septiembre, 57 por ciento señaló que las políticas de Estados Unidos tenían cuando menos algo que ver con esta actitud violenta (Livadas, 2002). Por otra parte, a la pregunta sobre el método para combatir el terrorismo, 60 por ciento coincidió en que lo más efectivo sería desarrollar un mejor entendimiento sobre

⁶ Noam Chomsky ha subrayado que la ideología es un valioso mecanismo de control, puesto que logra bloquear con efectividad cualquier entendimiento de lo que pasa en el mundo.

los valores y la historia de otras naciones. En contraste, solamente 33 por ciento apoyó la medida de fortalecer el ejército y los aparatos de defensa (Livadas, 2002).

Siguiendo la orientación crítica de Himmel que postula dos culturas separadas en el horizonte social de Estados Unidos –o bien dos órdenes morales distintos– se encuentran los argumentos de Curtis White, quien considera que uno de los problemas centrales de su país es la pobreza de imaginación social y política (C. White, 2003: 91). Mediante el análisis de la narrativa que ha caracterizado el periodo posterior al 11 de septiembre,⁷ este autor destaca su distorsionada construcción de la realidad, advirtiendo que, para los estadounidenses, los conceptos de crisis y de seguridad dejaron de tener sentido de forma diferenciada.

White añade que la política en Estados Unidos ha sido cooptada por un imaginario tecnológico, cuyas fuentes son el complejo militar industrial y la nueva economía global, dirigidas a la acumulación de ganancias (C. White, 2003: 91). Aventurándose a calificar la guerra contra el terrorismo como un claro ejemplo de *guerra pura*⁸ –pues las causas que la originan pudieran no tener fin–, considera que la naturaleza por demás difusa del conflicto ocasiona que, para la mayoría de los estadounidenses, éste pase inadvertido, dado que no perciben mayor cambio en su entorno cotidiano. El mismo autor insiste en que para sus conciudadanos, el progreso de la nación está íntimamente ligado a la racionalidad tecnológica. Producto de ello es que la tecnología deja de ser un instrumento, para convertirse incluso en algo consustancial a la naturaleza humana (C. White, 2003: 103).⁹

El hecho de que el aprendizaje en las distintas etapas de la vida humana aparezca cada vez más mediatizado por los avances tecnológicos, sumado a la idea de que la única paz mundial posible debe basarse en la disposición permanente para hacer la guerra, teniendo como corolario que Estados Unidos debe ejercer su preeminencia tecnológico-militar para imponer dicho orden (C. White, 2003: 114),¹⁰ representa, entre otros riesgos, que la tecnología pueda acabar por manipular las emociones y necesidades humanas, creando además una dependencia patológica que, a su vez, puede dar lugar al dominio sobre el individuo.

Una anécdota paradigmática para ilustrar esta idea la hallamos en el estereotipo del patriota que, en esta era de alta tecnología, aparece de manera recurrente en los cortes comerciales de las cadenas hispanas de TV de Estados Unidos, siguiendo esta secuencia de imágenes:

⁷ Representada por frases como “War against terror”; “We are at war with terrorism” o “America strikes back”.

⁸ Curtis White redonda sobre el significado y la relevancia de la obra *Pure War*, de Paul Virilio.

⁹ Paul Virilio sostiene que llevar “una vida mediatizada sustancialmente por la tecnología es vivir en un mundo inasible”.

1. Encontramos a un joven hispano que se encuentra en el comedor de la escuela con un grupo de amigas. Todos se saludan y él, en lugar de sentarse a comer, toma su bolsa con sus alimentos y se retira del lugar.
2. Vemos al mismo joven caminando por la calle para acercarse a un hombre que, tendido sobre la banqueta y a un lado de los contenedores de basura, muestra signos evidentes de marginación extrema. Éste es casualmente blanco y de edad avanzada.
3. El joven hispano se le aproxima y le entrega su bolsa de alimentos.
4. El viejo se muestra agradecido.
5. El mismo joven aparece tripulando un avión militar, ataviado con un casco y manipulando los complejos controles de la nave.
6. Del avión cae una serie de paracaídas con cajas que resultan ser de alimentos.
7. La propaganda cierra con la invitación al espectador para unirse a la Fuerza Aérea.

Así, en este estado de racionalidad instrumental, en donde la administración de la creatividad humana persigue el lucro, la tecnología y sus usos parecen comenzar a dar lugar a un nuevo Destino Manifiesto, en el que los estadounidenses depositan sus ambiciones y esperanzas (C. White, 2003: 119), mientras que aquello que queda fuera de su ámbito no existe o por lo menos parece no tener razón de ser.

CONCLUSIONES

En la sociedad estadounidense, definida por su heterogeneidad y diversidad, un sistema de valores predominante es al mismo tiempo base de la cohesión social entre los grupos que la constituyen y una fuente permanente de conflicto. Su naturaleza es dialéctica y experimenta ajustes o cambios con el tiempo y en coyunturas críticas (la guerra civil, el periodo de lucha por los derechos civiles en los años setenta o el 11 de septiembre de 2001).

Hablar en esta coyuntura del patriotismo y del nacionalismo como partes medulares de un sistema de valores sociopolíticos nos remite en última instancia a meditar sobre los mecanismos a través de los cuales se logra edificar un control social (Ross, 1928),¹¹ mismo que posibilita la coexistencia subordinada de otros marcos valorativos que confluyen en la complejidad cultural de este país.

¹⁰ White discute la tesis de la *pax americana* de Bruce Sterling.

¹¹ Nos referimos al sentido de *control social* que Edward Ross vincula con la coacción. Interiorizado por los individuos desde el inconsciente, se adhieren a él de manera que parece espontánea. Constituye al mismo tiempo un elemento de regulación social y psicosocial.

Frente al entramado de elementos tecnológicos, mediáticos, económicos y políticos que concurren para legitimar la guerra, el estadounidense promedio capitula frente a la manipulación. En este contexto, impera un estado de inconsciencia, que lo convierte en espectador pasivo (C. White, 2003: 98-99) y, como tal, tiene la capacidad de verlo todo, sin responsabilizarse de nada.

La combinación de necesidad, inconsciencia y manipulación nos permite derivar en otro orden de ideas también esbozado en la definición de *guerra pura* de Paul Virilio, quien la circunscribe a la tecnomilitarización del mundo. Ésta cobra especial relevancia para avizorar el desplazamiento de la imaginación política a manos de la imaginación tecnológica en Estados Unidos.

En estas circunstancias la idea de pobreza de imaginación subrayada por Curtis White cobra fuerza, ya que la política parece no tener más cabida ni razón de ser para explicar la realidad y transformarla. Si la sociedad estadounidense ha dado lugar entonces a una cultura supeditada y se presta al estado de *guerra pura*, habiendo interiorizado los imperativos de seguridad definidos desde el propio aparato tecnológico-militar, ¿cómo y desde dónde construir un nuevo imaginario sociopolítico que pese más que los privilegios de la cultura del automóvil, la Internet y la vida confortable?

Mientras esto no sea posible, el país continuará consintiendo la actitud “patriótica” de muchos jóvenes dispuestos a alistarse en las filas del ejército, so pretexto de defender la patria, la libertad y la democracia en donde haya menester, sin pensar siquiera en la relación causal existente entre este fenómeno y la falta de oportunidades de empleo, misma que obliga a muchos a aceptar los riesgos de la guerra de cara al imperativo de la sobrevivencia.

En una espiral ascendente, el imaginario sociocultural de Estados Unidos parece estar atrapado en la ambigüedad entre el bien y el mal. Rindiéndose frente a la *guerra pura*, concede que, en la medida en que la crisis se agrave, la seguridad deberá extremarse. En esta abominable lógica, en la que el único pensamiento activamente socializado es el temor (a perder la vida, las posesiones materiales o el empleo), Estados Unidos evidencia su falta de imaginación para reinventar el mundo social.

Entre los acontecimientos del 11 de septiembre, el estado de *guerra pura* y la reelección de George Bush, puede reconocerse el ánimo de un sector de la nación que coincide en que es válido el intento por consolidar un control hegemónico mundial. Dando muestra fehaciente de que la virtud liberal de la tolerancia ha declinado en aras de la irrupción de “nuevos patriotas”, éstos trascienden la condición de mártires para arribar al disfrute de la violencia circundante.

Si partimos de la noción de la relatividad de los valores, parece ya arraigada en la mentalidad de muchos estadounidenses la célebre frase de campaña de Bush res-

pecto de que “la moral ha decaído en América”, la cual indirectamente refiere la exaltación de la familia, el matrimonio y la religiosidad, con el fin de celebrar las diferencias que los distinguen como únicos y excepcionales para encabezar una cruzada global, cuyo objetivo pretende ser no sólo perseguir a los “terroristas y el desmantelamiento de armas de destrucción masiva”, sino rescatar de la ignorancia y la ausencia de democracia a los pueblos y culturas que se opongan a las virtudes estadounidenses. Parapetados en una actitud vigilante y punitiva, abocan esta prioridad a la reconquista de la seguridad estratégica de Estados Unidos –que enmascara consideraciones para el control del mercado mundial y sus ganancias–, misma que toma una distancia pragmática para reformular y transgredir los principios fundacionales de la nación: patriotismo, libertad y democracia.

Sin embargo, cabe la necesidad de explorar a profundidad si el patriotismo como valor es una de las virtudes cívicas esenciales para la realización de los ideales democráticos y de justicia social en el mundo de hoy, globalizado e interdependiente.

Entre los pros y los contras de apoyar la guerra o de la venganza para combatir a los terroristas, la apuesta hacia la construcción de valores alternativos, como la inclusión, se presenta como única vía para que Estados Unidos conserve en un legítimo liderazgo mundial en el siglo XXI (Wolfe, 2001: 82-83, 95-96).

En el actual escenario, la pregunta que dejan los estadounidenses sin responder aún es ¿en qué clase de sociedad aspiran e imaginan vivir de aquí a veinte años? En un intento de visión prospectiva, John Kerry ha señalado que su país está ávido de valores de unidad y compasión.

BIBLIOGRAFÍA

AMERICAN CIVIL LIBERTIES UNION

2005 <www.aclu.org/>, consultado el 17 de febrero de 2005.

BEALEY, FRANK

1999 *The Blackwell Dictionary of Political Science*, Malden, Mass., Blackwell.

BURNEY, SHEHLA

2002 “Manufacturing Nationalism: Post-September 11 Discourse in United States Media”, Simile, *Academic Search Premier*, mayo, disponible en <<http://search.epnet.com/direct.asp?an=10359042&db=aph>>, consultado el 3 de mayo de 2004.

LIVADAS, GEORGE

2002 "Who Will Defend American Values", *Accuracy in Academia*, 3 de julio.
<<http://www.academia.org/news/defend.html>>, consultado el 4 de mayo de 2004.

MADISON, JAMES

1982 "El Federalista, No. 46", en Hamilton, Madison y Jay, *El Federalista*, 3ª. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, pp. 199-204.

MINER, DAVID L.

2003 "Patriotism or Nationalism—the Aftermath of 11/09", *Free Speech Forum*, 5 de febrero (discurso presentado en la Universidad de Tennessee).

MINXIN, PEI

2003 "The Paradoxes of American Nationalism", *Foreign Policy*, vol. 30, no. 8, 5 de enero, <<http://www.profound.com/research/completeorder.do>>, consultado el 5 de mayo de 2004.

PUTNAM, ROBERT D.

2000 *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, Simon & Schuster.

ROSS, EDWARD

1928 *Social Control*, Nueva York, McMillan.

THE ECONOMIST

2003 "Us versus Us", *The Economist*, vol. 369, no. 8349, 8 de noviembre, p. 8.

THE NATIONAL RIFLE ASSOCIATION

2005 <www.nra.org/>, consultado el 2 de febrero de 2005.

1976 *The Patriot's Handbook. A Syllabus and Study Guide to the American Revolution*, Washington, D.C., Peoples Bicentennial Commission.

WHITE, CURTIS

2003 *The Middle Mind. Why Americans Don't Think for Themselves*, San Francisco, Calif., Harper.

WHITE, JOHN KENNETH

2003 *The Values Divide. American Politics and Culture in Transition*, Nueva York, Seven Bridges.

WOLFE, ALAN

2001 *Moral Freedom. The Impossible Idea that Defines the Way We Live Now*, Nueva York, Norton.